

**Acto de Entrega de "Diplomas a Profesores Eméritos"
2 de octubre de 2023**

**Rector de la USAL
Carlos Ignacio Salvadores de Arzuaga**

Damas y caballeros

Una vez más, tengo el gratísimo deber de presidir este acto de reconocimiento a docentes de nuestra Universidad que pasan a ser eméritos en virtud de su extensa trayectoria y valiosos antecedentes en las distintas unidades académicas.

La palabra "emérito" tiene un extenso recorrido hasta llegar a nuestros días, pero siempre estuvo asociada a quien ha prestado servicios destacados por un extenso período de tiempo.

En la Roma clásica se aplicaba al soldado que, después de haber servido en la extensa geografía del Imperio, seguía gozando de algunas prerrogativas ya retirado.

En nuestro caso, la Universidad otorga la condición de eméritos a quienes acreditan un largo y doble testimonio: fidelidad a su vocación de enseñar y sentido de pertenencia a la inequívoca identidad que nos distingue desde nuestra creación, hace ya 67 años.

Para la Universidad del Salvador, eméritos son aquellos que han dado el ejemplo transmitiendo a los alumnos sus conocimientos y – particularmente, como rasgo jesuita por excelencia- enseñándoles a discernir.

Un ingrediente fundamental para que ese esfuerzo rinda frutos es, sin duda, la capacidad demostrada por esos profesores eméritos para generar un clima de acercamiento e intercambio entre generaciones.

Hace algunas semanas estuvo en nuestra casa el Monseñor Vincenzo Paglia, Presidente del Consejo Pontificio para la Vida de la Santa Sede, quien recorre algunos países con el fin de promover la revalorización de las personas mayores.

El ilustre visitante brindó una charla en la destacó que las personas de más edad siempre han aportado al conjunto virtudes como la sabiduría, la ciencia y su propia experiencia, a todo lo cual suelen añadir un ingrediente nada trivial: la afectividad.

Desde el inicio de la historia y a través de los siglos y las culturas, el saber transferido de los mayores a las generaciones que los siguen ha sido siempre el que más y mejor se aprovecha, porque es el método natural de aprendizaje entre los seres humanos. Sin ir más lejos, así aprendemos de nuestros padres en los primeros tramos de nuestras vidas.

¿Cómo podríamos ser tan poco lúcidos, entonces, como para desechar la posibilidad de aprovechar los talentos y vivencias de todos estos maestros que hoy prestigian nuestra casa? ¿Podríamos darnos tan dudoso lujo, el de perder semejante riqueza, cuando son ellos mismos los que nos la ofrecen? Si lo hiciéramos no seríamos modernos ni actuales, sino únicamente tontos.

Pertenecemos además a una Universidad de raíz cristiana y de identidad estrechamente vinculada a la Compañía de Jesús, la inigualable creación de San Ignacio de Loyola, inspirada sin duda desde lo alto.

Ese sello distintivo nos liga definitivamente con la historia de la Iglesia y de la educación en lo que hoy es la República Argentina, desde mucho antes de que ésta última naciera formalmente, hace algo más de dos siglos. Cuando muy poco había en el actual territorio patrio, a inicios del siglo XVII, los Jesuitas fundaron la Universidad de Córdoba para validar con hechos su fraterna preocupación por la difusión del saber hasta los más altos niveles disponibles en la época.

De aquel origen hasta el presente, y a pesar de los vaivenes que incluso llevaron a que la Compañía fuese expulsada de América y luego disuelta, sobran testimonios de la relación entre los jesuitas y la enseñanza, como parte inseparable de la tarea educativa que la Iglesia llevó adelante en nuestra tierra.

Una clave para comprender el porqué de esa indeclinable dedicación está en recordar lo antedicho sobre la enseñanza como resultado del encuentro fructífero entre generaciones, y agregar que para el auténtico

educador cristiano enseñar no sólo es dar, sino darse a sus alumnos.

Es en ese contexto donde se inscribe el valioso papel que cumplen los profesores eméritos en la trama de la transmisión de conocimientos y saberes.

Muchos de los que estamos aquí, en este acto, hemos saludado con mucho afecto y emoción a alguno de ellos.

Al verlo se nos habrá representado aquel tiempo como estudiantes, interesados en aprender las destrezas propias de nuestras carreras, pero también, y acaso principalmente, cómo presentarnos de cara al porvenir.

Y ellos, con su palabra y su ejemplo, nos ayudaron a entender que no hay futuro en un mundo sin Dios, como dice el Papa Francisco, esa gloria viva de la Iglesia, de la Patria y de la Compañía de Jesús que redactó medio siglo atrás nuestra Carta de Principios y la tituló proféticamente “Historia y Cambio”.

Nos enseñaron también a no enredarnos en visiones parciales y empobrecedoras del ser humano y de la sociedad en la que se desarrolla, y a comprender que un título académico es una autorización formal para ejercer la profesión que nos gusta, sí, pero además, y principalmente, es una exhortación a mirar a los demás con ojos solidarios, a trabajar por la justicia y por la paz, y de ese modo a bregar por el verdadero progreso.

Estos auténticos maestros, en suma, merecen todo nuestro respeto, afecto y agradecimiento porque nos enseñaron y nos siguen enseñando a hacer posibles nuestros sueños. Muchas gracias.